

El Trágico Fin de Semana

31

P. WENTWORTH



COLECCION

Rastros

Cuando Sarah Marlowe, secretaria del presidente de la New Psychical Society, toca el objeto frío y extraño de su bolso, piensa al principio que es una serpiente. Tal y como se irán sucediendo las cosas, va a ser algo casi igual de peligroso. La mujer que conoció en el viaje, Emily Case, ha sido asesinada por alguien que no dudará en volver a matar para obtener el contenido de la bolsa de Sarah. Poco deseosa por unirse al mundo de los espíritus, Sarah solicita la ayuda de un apuesto, aunque no del todo digno de confianza, John Wickham. Juntos deben escarbar para resolver el misterio y burlar a un asesino.

EL TRÁGICO FIN DE SEMANA

Patricia Wentworth

CAPÍTULO I

Hacía mucho frío en la sala de espera. Sarah Marlowe se arrebujó dentro de su abrigo de pieles. Nada más podía hacer para contrarrestar la temperatura. El abrigo era de color pardo, como así también el pequeño sombrerito con que adornaba su cabeza. Cuando se movió ella para levantar el cuello del tapado, la otra ocupante de la sala de espera pudo ver que el cabello de la joven era de color castaño oscuro y brillante. Sus sedosas pestañas sombreaban unos ojos hermosísimos. Sarah se había cansado un poco de oír elogios respecto a sus ojos. Su naricita respingada la hacía aún más bonita.

La señorita Emily Case, sentada en el banco opuesto, se estremeció un poco. Le pareció que la joven del abrigo de pieles estaba muy cómoda y protegida del frío. Su abrigo de sarga negra, con su pequeño cuello de piel, no era lo suficientemente grueso para soportar la temperatura, y, naturalmente, viniendo de Italia, lo sentía ella aún más. Hacía varios años que no pasaba un invierno en Inglaterra y temía que resultara en extremo inconveniente. Se inclinó hacia adelante y le habló a la otra viajera.

—Me parece que deberían encender fuego en las salas de espera cuando hace tanto frío.

Sarah Marlowe sonrió.

—Bien, no hay que olvidar que estamos en guerra.

La señorita Case consideró la circunstancia.

—Claro... uno no debería protestar... tiene usted razón. No importaría tanto si los trenes llegaran a horario. Y ade-

más, hay mucha niebla, y el frío penetra hasta los huesos. Me parece recordar que las salas de espera de esta línea estaban siempre bien templadas.

—Así es —asintió Sarah—. Y todas tienen el mismo olor, y cada vez que se abre la puerta parece que entra el humo de todas las locomotoras mezclado con el frío.

La señorita Case no la escuchaba. No deseaba escuchar; deseaba hablar. Miró en dirección a la puerta y se estremeció.

—He hecho un viaje muy incómodo, y ahora..., hace tanto frío..., después de estar en el extranjero...

Sarah comenzó a desear no haberle respondido. Se notaba que la otra viajera tenía alguna queja que hacer y pensaba hacerla su confidente. Miró a la señorita Case y no sintió grandes deseos de continuar la conversación. Era ella una mujercita cuidadosamente vestida aunque con prendas algo ajadas; de rostro pálido y regordete, y ojos incoloros: una de esas personas que se encuentran siempre en los viajes.

—He estado en Italia durante cinco años —prosiguió la señorita Case—. No encuentro una gran bienvenida al llegar a mi país, teniendo que esperar tanto los trenes.

Sarah no pudo contener su bondad natural, y contestó:

—Parece muy inconveniente..., pero quizás no tengamos mucho que esperar. ¿Va usted a Londres?

La señorita Case sacudió la cabeza.

—No. Vengo de Londres...; es decir, he pasado por allí después de desembarcar en Folkestone. Voy a alojarme con una hermana mía casada que vive en Ledstock. Y luego tendré que buscar una nueva colocación. Estuve cinco años con *lady Richards*. Ella se fue a vivir a Italia... El clima, ya sabe usted... Pero murió en noviembre... y yo he tenido que volver.

Sarah sintió lástima por su interlocutora. Parecía horrible pasar cinco años haciendo compañía a una señora y tener luego que comenzar de nuevo.

—Espero que encontrará una ocupación pronto —dijo—. ¿Quiere decirme su nombre, en caso de que yo sepa de alguna?

—Emily Case. Le agradezco su bondad.

Sarah no supo qué decir; contempló con una débil sonrisa a la señorita Case. Pero esta no la miraba. La misma mirada nerviosa de antes apareció en sus ojos cuando los dirigió hacia la puerta. La parte superior de esta era de cristal. Podía divisarse parte de la estación que se hallaba a oscuras, siguiendo la reglamentación de guerra. Parte de la cortina que tapaba el cristal se había corrido.

La señorita Case se volvió hacia ella.

—¿Vio usted a alguien? —preguntó—. Me pareció que había un hombre.

Se notaba la alarma en su voz.

Sarah repuso con tanta gravedad como pudo:

—Bien, puede ser un mozo de cordel o algún otro pasajero...

La señorita Case sacó de su bolso un pañuelo y se sonó la nariz. La mano le temblaba ligeramente.

—Ha estado paseándose de un lado a otro —dijo, al fin, en un susurro.

—¿Y qué tiene eso de extraño?

—Me pone nerviosa —dijo la otra—. No pensé en ello antes, pero supongo que me está persiguiendo... Sería muy fácil, ¿verdad?

Sarah lanzó un suspiro. La pobre debía estar loca, pensó. La señorita Case se inclinó un poco hacia adelante y agregó:

—Si me permitiera usted que se lo contara, creo que me aliviaría. Verá usted, no he podido conversar con nadie desde que me ocurrió, y no hago más que preguntar si obré correctamente..., aunque estoy segura que no sé qué otra cosa podría haber hecho. Verá usted, no tuve tiempo de pensar. Y además, me sentía algo más..., la..., la sangre,

sabe usted..., y el pobre joven parecía como si estuviera muriéndose...

Sarah sintió como si le hubieran echado agua fría en el cuello.

—¡Oh! —exclamó, y la señorita Case resopló.

—Eso es lo mismo que dije yo. Él tenía el pañuelo apretado contra su costado y la sangre ya lo empapaba, y me dijo, con voz muy débil: «Me pescaron. Tengo algo que ellos no deben llevarse. Usted es inglesa». Y me puso en la mano algo, y agregó: «No deje que se lo quiten. ¡Váyase!». Yo me fui a mi compartimiento, y estaba pensando si debía tocar la campana de alarma, cuando vi al guarda que se acercaba... —calló y miró a Sarah—. Espero que crea que obré correctamente...

«Más loca que una cabra», pensó Sarah.

—Seguramente que sí —le contestó, en voz alta.

—Él parecía tan ansioso por que me fuera, que le obedecí. No tenía la menor idea de quién podía ser. Resulta que yo pasé por casualidad frente a su compartimiento. Entré porque me pareció que estaba enfermo. Usted comprende eso, ¿verdad?

—Por cierto —repuso Sarah, que no entendía nada en absoluto.

—Y, está claro —prosiguió la señorita Case—, no debí haberle abandonado si no fuera porque me lo ordenó con tanto ahínco; además, hubiera sido muy inconveniente para mí el que me hubieran detenido como testigo o que hubiesen sospechado que yo había herido al joven. Estábamos entrando en la estación en ese momento y bajé.

Sarah pensó: «No dice qué estación. No se lo preguntaré. Está loca, o lo está inventando».

—Fue una suerte —dijo la señorita Case.

—¿Qué fue una suerte? —dijo Sarah, sin poder evitarlo.

—Que no me demoraran en absoluto —repuso sin titubear la otra—. Conseguí casi enseguida un mozo de cordel y no tuve ninguna demora.

Sarah, a pesar suyo, se vio obligada a preguntar:

—¿Y qué fue del joven?

—Realmente, no sé —repuso la señorita Case—. Espero que la herida no haya sido mortal, pero parecía estar muy mal. Me sentía tan ansiosa por no mezclarme en nada, que bajé por el otro extremo del vagón sin pasar de nuevo por su compartimiento. Después comencé a preocuparme respecto al paquete.

Una duda se despertó en la mente horrorizada de Sarah. Una débil voz parecía decirle: «Tal vez no esté loca..., quizás sucedió realmente».

La señorita Case proseguía hablando.

—No me dijo qué debía hacer con el paquete. Eso es lo que me molesta... Usted se da cuenta, ¿verdad?

—Ya lo creo —respondió Sarah, cortésmente.

—Porque no quiero verme mezclada con la policía. Si mi nombre apareciera en los periódicos no podría conseguir otra colocación. Si no fuera por eso, lo entregaría a las autoridades. Cuando uno tiene que ganarse el sustento...

Sarah pensó que tampoco a ella le convenía mezclarse en nada que pudiera perjudicar su trabajo. También ella tenía que ganarse el sustento como secretaria del señor Wilson Catermole. No solo debía ganar su sustento, sino que también tenía que impedir que le faltara dinero todos los meses para pagar la renta a la viejecita Tinkler.

En ese momento entró un mozo de cordel.

—Su tren, señorita —le dijo a Sarah—. Entrará dentro de dos minutos. Plataforma número cuatro. Aquí, a la izquierda.

Se hizo cargo de la maleta de la joven y se alejó, dejando la puerta abierta. La voz de la señorita Emily Case le siguió:

—¡Mozo! ¡Mozo! ¿Cuándo llega el tren de Ledlington?

Sarah se había puesto en pie. Estaba arreglando su sombrerito de copa cónica frente al espejo de la sala de espera. La voz del mozo llegó desde el exterior.

—El tren a Ledlington, plataforma número cinco, a la derecha. Dentro de cinco minutos. Ya vuelvo.

El rugir del tren de Londres llenó toda la estación.

Sarah Marlowe se volvió para recoger su bolso, que dejara en la mesa, y se despidió de su interlocutora.

—Adiós. Me alegro de que venga también su tren. Y..., y yo, en su lugar, no me preocuparía; todo saldrá bien.

La señorita Case estaba sentada muy erguida en el banco de madera. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo y parecía muy satisfecha. No podía decirse exactamente que tuviera colores en las mejillas, pero no parecían ahora tan pálidas. Miró a Sarah fijamente y repuso con alegría:

—¡Oh, sí! Ahora todo saldrá bien. Gracias. Buenas noches.

CAPÍTULO II

Sentada en medio de un atestado compartimiento, Sarah Marlowe iba ya camino de Londres. Estaba sentada de espaldas a la máquina. Cerca de ella había una pareja que conversaba animadamente. Sarah suspiró. No había posibilidad de conseguir un compartimiento para ella sola, pero no siempre estaban los trenes tan llenos. Se echó sobre el respaldo y comenzó a pensar en Tinkler. «No volveré a verla hasta dentro de quince días. ¡Qué lindo es tener una casita propia y hallarla esperándome siempre! En cambio tengo solo un horrible desván y debo pasar las veladas con los Catermole».

Comenzó a pensar luego en Wilson Catermole y en su hermana, la señorita Joanna Catermole. Ambos de edad madura, de costumbres siempre iguales, muy bondadosos. Si no fuera por ganarse el sustento, Sarah no viviría con ellos. Peor era tener que trabajar como la señorita Emily Case, cuidando a ancianas caprichosas. Era mejor ser secretaria del presidente de la Nueva Sociedad de Investigaciones Psíquicas.

Había momentos en que la Sociedad divertía mucho a Sarah. En cierta oportunidad investigaron el caso de una casa que estaba encantada y el fantasma era un canario. En otra ocasión se les descompuso el auto en el camino y tuvieron que pasar la noche en una hostería, y Joanna juró que tuvo una entrevista con el fantasma de un genuino contrabandista del siglo dieciocho. ¡Pobre Joanna!

Poco después le pareció que tenía una manchita en la nariz. Se quitó un guante y abrió el bolso, buscando su cajita de polvos y su pañuelo.

El pañuelo debía estar en la parte superior, pero no lo halló. En cambio, sus dedos tropezaron con algo completamente desconocido: algo suave, frío y resbaloso. La joven retiró la mano de inmediato. Era como si hubiera tocado una víbora. Cuando esa idea se le ocurrió, se echó hacia atrás y consideró esa posibilidad. No podía ser una víbora. ¿Cómo iba a entrar una víbora en su bolso? Pero algo había dentro. De pronto le vino a la mente el recuerdo de la señorita Case.

—Y me puso algo en la mano —había dicho la señorita Case—. No sé qué hacer con ello.

Luego recordó que al despedirse, estaba muy contenta y le había dicho:

—¡Oh, sí! Ahora todo saldrá bien.

¡Está claro! Ahora todo saldría bien porque la señorita Case había puesto el paquete en el bolso de Sarah. Ella se libró del compromiso poniéndolo en el bolso de Sarah cuando ella se dio vuelta para arreglarse el sombrero frente al espejo.

—Y ahora, ¿qué hago? —pensó la joven.

Sarah mantuvo firmemente el bolso. No lo abriría de nuevo hasta que estuviera sola y pudiera ver bien de qué se trataba. Todo el viaje lo pasó pensando en la señorita Emily Case.

En ese momento la señorita Case, completamente sola en un vagón de tercera clase, a unas siete millas de Ledlington, oyó que el ruido de las ruedas del tren parecía aumentar de volumen. El motivo era que la puerta de la izquierda se había abierto. Aun en la semioscuridad pudo ver que no se abría por sí sola. Alguien estaba entrando en el vagón. Vio que una sombra negra se elevaba sobre ella, y abrió la boca para gritar.

Nadie la oyó.

CAPÍTULO III

Los Catermoles vivían en Chelsea. Ocupaban una casa alta, tan cercana a la orilla del río que Sarah podía divisarlo, si se asomaba bastante fuera de la ventana.

Sarah abrió la puerta con su llavín y entró. Subió a tientas los escalones hasta el piso alto, donde brillaba una débil luz azul. Los Catermoles cumplían estrictamente los reglamentos de oscurecimiento.

Se abrió la puerta de la sala y salió Joanna Catermole para saludarla.

—He obtenido resultados maravillosos cuando tú no estabas..., ¡realmente maravillosos! Mi contrabandista me comunicó un largo mensaje. Estaba *anheloso* por materializarse.

Sarah le habló con voz suave.

—Bajaré enseguida. Será mejor que me cambie, ¿no le parece?

Escapó corriendo escaleras arriba y llegó a su desván. Aunque en su fuero interno solía considerarlo horrible, no era más que el producto de la irritación que le producía el hecho de que los hermanos Catermole llevaran allí los muebles en desuso, dejándole poco espacio para ella. En realidad le gustaba vivir en la parte más alta de la casa.

Encendió la luz, y se acercó a su mesa de tocador. Se quitó el abrigo y el sombrero, corrió de nuevo hacia la puerta y la cerró con llave. Luego tomó asiento en la cama y abrió el bolso. Su corazón le latía con violencia. Claro está que había abierto el bolso antes para sacar su pasaje y su

llavín; pero no abrió el compartimiento del medio, en donde se hallaba lo que había puesto la señorita Case. Ahora retiró lo que había tocado en el tren. Era un paquetito de unas cuatro pulgadas por tres, muy bien cosido dentro de una pieza de seda impermeable de color verde oscuro.

Por eso es que sus dedos sintieron una superficie resbalosa y fría. La tela impermeable había producido esa impresión. Levantó el paquetito y lo sopesó en la mano. No pesaba casi nada. Posiblemente contenía papeles. Hojas arrancadas de una libreta de notas y cosidas dentro de la seda.

Era una historia fantástica y ridícula. ¡Y qué vago era todo! Si Sarah hubiera sabido que se lo pasarían a ella, hubiese preguntado algo al respecto. Emily no dijo en qué estación ocurrió eso. Y no dijo tampoco si el joven era inglés.

La vida con los Catermole había desarrollado en Sarah un profundo escepticismo. Ahora esa cualidad le hacía rechazar la historia de la señorita Case. Pero el paquete de seda verde era una realidad que no podía negarse. ¿Qué podría hacer con él?

Después de pensarlo unos momentos, lo volvió a colocar en su bolso y puso este debajo de una pila de pijamas en el cajón de su cómoda. Luego tomó un baño caliente y se vistió con toda tranquilidad.

La cena se servía a las ocho. Wilson Catermole comía siempre frutas cocidas, nueces y un cereal que parecía avena cortada. Al conocerlo, Sarah lo comparó con una hormiga. Era él siempre tan serio y tan movedizo en todo que se parecía mucho al insecto. Sus brazos y piernas también, eran delgadísimos; y además tenía un cuello flaco y una cabeza enorme.

Wilson se sentaba en un extremo de la mesa y consumía ciruelas cocidas, mientras que su hermana Joanna, en el otro extremo, manipulaba una balancita. Tanto de vitamina A, tanto de B, tanto de C; las cantidades en cada caso microscópicas.

Sentada en medio de los dos, Sarah recogía los frutos de su amistad con la señora Perkins, la cocinera. Ella consideraba a los Catermole con cierta pena y desdén, y se ocupaba de que Sarah comiera alimento cristiano, como lo llamaba ella.

—Mañana —dijo Wilson— revisaré las notas del caso Gossington. La Sociedad de Investigaciones Psíquicas puede decir lo que quiera, pero yo estoy convencido de que se trata del trabajo de un ateo. Como usted recordará, señorita Marlowe, Eustace Frayle me trató de tonto crédulo, y le probaré que estaba muy equivocado.

Sarah solo tenía que sonreír y asentir. Wilson, una vez lanzado a charlar, no se detenía ante nada. Y el tema que más le gustaba era el de sus renunciadas de todas las sociedades de que había formado parte. Ahora había llegado por fin a un punto en que era presidente y secretario de una sociedad propia. Por el momento tenía muy pocos miembros, pero siempre solía decir: «Es la calidad lo que vale, señorita Marlowe, la calidad, no la cantidad».

En esos momentos estaba muy pensativo, y levantó la vista y dijo:

—Hay un viejo proverbio sirio que refirma mi opinión. Se lo traduciré: «Para el hambriento una migaja es mejor que diez mil granos de arena». ¿Sabe usted hablar sirio? ¿No? ¡Es una pena! Es un lenguaje interesante.

Joanna levantó la vista.

—Wilson es muy versado en idiomas —dijo—, pero yo nunca pude aprender nada. Me parece una gran cosa que todos los espíritus se comuniquen en inglés, aunque hayan sido chinos o indios antes de morir.

La cena llegó a su fin.

Después, en la sala, tenían que revisar unos papeles en los que Joanna había anotado su comunicación con el espíritu del contrabandista.

—Nat Garland, ya ves qué claro está. La escritura automática es a veces algo confusa, pero anoche pude ver cómo

mo se movía enseguida el lápiz. Esto es lo que escribió: «Nat Garland, —de modo que le dije—: ¿Quién es usted?», y el lápiz escribió «contra», de modo que enseguida me di cuenta de que era un contrabandista. A menudo cometen errores así cuando se están comunicando, y uno tiene que ser inteligente y adivinar..., y yo lo adiviné enseguida.

Joanna miró los papeles. Su vestido le caía en amplios pliegues sobre el delgado cuerpo. Su pequeño rostro parecía no ser otra cosa que huesos, con la piel estirada sobre ellos. Se empolvaba mucho y se pintaba las mejillas con vivos colores. En sus ojos brillaba una extraña llama. Su cabello era muy fino y parecía ser un halo sobre su cabeza. «Si no le tuviera tanta lástima, me produciría asco», pensó Sarah.

—¿No le parece mejor que lo dejemos por esta noche?
—dijo en voz alta.

—¡Oh, no! ¡Debo contarte todo! ¿Te dije ya lo del nombre? ¡Ah, sí, ya te lo dije! Bien, luego me dijo que hacía mucho que quería comunicarse con este mundo y comenzó a darme detalles de su vida de contrabandista. Fue muy excitante y romántico. ¡Mira, aquí está!

Sarah miró a la extraña mezcla de palabras inconexas que llenaban la página: oscuridad..., barriles..., playa..., ocultar..., iglesia...

Joanna señaló la página.

—Hay que traducir un poco, tú sabes. Desembarcaron los barriles en la playa en la oscuridad, y los llevaron a la iglesia y los escondieron en la cripta...

—Sí, señorita Catermole..., ya nos contaron todo eso en la posada. ¿No lo recuerda?

—Sí, sí; pero resulta mucho más emocionante que se lo cuente a una el propio interesado. ¡Y pensar que me lo quiere contar a mí!

Poco a poco fue apagándose la llama de sus ojos. Levantó una mano y bostezó dos veces.